

## Cuentos que atraviesan fronteras

### Un viaje en clave de blues hacia el espejo de nuestras vidas, sin perder el humor

*Mercedes Gallego, corresponsal. Nueva York*

La magia. “Todo el mundo quiere una solución mágica, pero nadie cree en la magia. Ese es el problema”. La frase lapidaria es de Sandra Cerezo, y cae en la audiencia como un golpe en la conciencia, justo en el momento en el que se detienen los acordes y se congela la risa, para dejar paso a la realidad más cruda y reveladora.

No es que se le hagan ascos al entretenimiento, cualidad *sine qua non* de los espectáculos musicales que, por definición, buscan hacernos pasar un buen rato con melodías y relatos ingeniosos. *Cuentos en Clave de Blues* tiene todo eso y más, basta ver la chispa en los rostros de la audiencia, pero va mucho más lejos: es una profunda reflexión sobre la vida y la muerte, sobre nuestras propias contradicciones y las de una sociedad que, a menudo, menosprecia la sabiduría tradicional de los cuentos y fábulas, porque los cree reñidos con la modernidad y los ritmos de la noche.

En un perfecto ejercicio de alquimia artística, la narradora ha puesto sobre el escenario un revival de esas tradiciones, magistralmente armonizadas con los acordes del blues que entrelazan, al saxo y los teclados, Fran Mangas; y a la guitarra, Philip Pearson. Quien diga que el teatro le aburre, no tendrá excusas, porque no hay un minuto de monotonía en la hora y cuarto que mantiene al espectador vibrando en su asiento. “Esto no pasa por azar, está todo muy calculado”, explica Cerezo. Quién lo diría. La fluidez de *Cuentos en Clave de Blues* discurre a tal ritmo que se hace corto. Uno querría atesorar cada minuto y cada palabra, por temor a que se le escurran las perlas de sabiduría que derrama, en medio de tanto entusiasmo. Como las rayas que se le pierden a La Cebra Camila, el día que sale de casa con su vestido nuevo, una de las canciones con las que Cerezo da una pausa musical a las fábulas. Y, sin embargo, la canción infantil se transforma en una metáfora de nuestro proceso en la vida.

“Es como ese proceso de la vida en el que a veces has sentido que perdías algo, pero luego has ido poniéndote otras en tu traje, y te vas vistiendo con lo que encuentras. Al final, resulta que tu traje te gusta mucho más que el que tenías al principio, porque te lo has hecho tú para ti y te has liberado de los prejuicios que tenías. No podías ser feliz con esas limitaciones y esas carencias.

Esto sí que no es un cuento, como la idea de que los cuentos son solo para niños. La tentación, para evitar esas connotaciones peyorativas, sería prescindir de una palabra a la que se le han asociado términos infantiles o despectivos. Algo a lo que la artista se ha resistido durante décadas de carrera, aferrada a reivindicar su alma.

“Los cuentos pasan las fronteras. El lenguaje del cuento se ha utilizado desde los tiempos remotos para enseñar, para desarrollar el conocimiento interno,” dice. Y no como sinónimo de evasión, sino como vehículo de conocimiento profundo. “El cuento no es terapia, pero comparte un proceso”, matiza. Aquí no se da ninguna lección, se comparte un aprendizaje. El de la vida de Sandra Cerezo y el proceso interno que la ha llevado hasta aquí. “Siempre en clave”, advierte. Cosas de haber aprendido a marcar límites. “Yo no cuento mi vida, pero está contada”.

El espectáculo es, en realidad, un viaje desde la oscuridad a la luz. Comienza con Saturno —un homenaje a su padre, astrólogo, y al cielo estrellado que la trajo a esta tierra— y termina con una catarsis de color, música y poesía. “Yo he ido de la oscuridad a la luz, poniéndole estrellas a mi propia vida”, confiesa. Eso mismo hace con el público: lo acompaña en ese tránsito emocional a través de cuentos aparentemente sencillos, cargados de capas, metáforas y sentido vital. “Para mí, era importante que hubiera varias frecuencias a la vez.

La clave está en ese equilibrio de emociones que implementa a base de risas y pausas, con el manejo de la tensión. Cada nota está medida, cada silencio tiene sentido, cada transición ha sido pulida. No es un espectáculo alegre, sino que contiene la alegría. Como también la tristeza, la pérdida, el duelo y la melancolía. Pero no se detiene en ellas. Las transita. “Si solo vibras en la alegría, te vuelves un cómico obsesivo. Y si solo en la tristeza, te hundes”, explica. La propuesta es más honesta: sentirlo todo. Vibrar en varias frecuencias a la vez. Y eso solo se logra si se ha pasado por el propio proceso, si no se finge ni se adoctrina. Quien lo escucha, lo sabe. Porque se reconoce a sí mismo en los relatos, en los personajes, en el ritmo vital del blues.

Y es que el blues también eso, no es solo un acompañamiento musical para la narración. Lo crearon los afroamericanos de EEUU para compartir su experiencia vital. El blues es alma. Es el lenguaje emocional que da cohesión a la narrativa de Cerezo, el que permite que el dolor no se quede anclado, sino que avance, que se transforme.

El resultado es un espectáculo que no solo entretiene, sino que transforma. Y lo hace sin necesidad de grandes focos, ni grandes escenarios. *Cuentos en Clave de Blues* está hecho para la cercanía. Funciona mejor en espacios pequeños, íntimos, donde la mirada de Sandra llega a todos, donde la energía vibra como en una sala de estar compartida con el alma.

Quien entra en ese universo sale tocado. “Esto es mucho más que un espectáculo, es una lección de vida. Mi lección de vida”. A partir de ahí, cada espectador encontrará su propia clave en ese lenguaje simbólico, porque el espectáculo no da respuestas: despierta las que uno ya lleva dentro y ofrece herramientas sin dictarlas. FIN